

sobre el cálido suelo
donde el pesado insecto solo zumba,
vierte, en vez de la lluvia apetejada,
una calma tan grave y tan dormida,
que parece la calma de la tumba.

Ese silencio lúgubre me espanta:
¡alondra, vuela y canta!
¡Tú, cigarra, despierta!.. De repente,
sobre el fondo del cielo transparente,
iluminada por la luz febea,
surge tras un ribazo la figura
de un viejo, de siniestra catadura,
que una copla festiva canturrea.

Es un pobre, cual Diógenes desnudo,
á quien da fácil lecho el suelo rudo,
y agua á su labio el río;
y que, cantando su estribillo eterno,
ni se cuida del sol del rojo estío,
ni de la cruda escarcha del invierno.



SULLY-PRUDHOMME



AL LECTOR

Lector, cuando te entrego mis pobres poesías,
mi corazón no puede reconocerlas ya;
quedó lo mejor dentro de las entrañas mías;
mis verdaderos versos nadie los leerá.

Cual bellas mariposas, que giran palpitantes
en torno de las flores, sedientas de su amor,
en torno de mis propias ideas delirantes,
estrofas dulces vuelan con tímido temblor.

Pero, si asirlas quiere mi temeraria mano,
las miro en remolino veloz volar y huir,
dejándome en los dedos el polvo tenue y vano
que matizó sus alas de púrpura y zafir.

Apoderarme de ellas sin marchitar sus galas
no puedo, aunque esas galas persigue mi ilusión;
las mato, cuando ansioso quiero extender sus alas,
y el alfiler agudo les clavo al corazón.

Inundan mi alma inquieta las rimas armoniosas
que en ella ocultas quedan, y tú no escucharás;
el polvo que esas bellas, fugaces mariposas
dejaron en mis dedos, es lo que ves no más.

EL DESPERTAR

Si tú, dueño adorado, fueses mía
(deja suelta la brida á mis antojos),
despertarme querría
antes que abrieses los dormidos ojos,
para estar largo tiempo contemplando
el sueño puro que á tu aliento presta
el ritmo dulce y blando
del arroyo que surca la floresta.

Buscando en el jardín la mejor rosa
y volviendo con planta silenciosa,
tus manos abriría
cruzadas sobre el pecho castamente,
y en ellas dejaría
la hermosa flor, besándote la frente.
Al abrir las pupilas, asombrada,
por comienzo dichoso en tu jornada,
verías la más bella de las flores;
luego, en mí fijarías la mirada,
encendida en la luz de tus amores.

Ya ves, hermosa mía,
cuánto sufre y te adora
quien, al primer albor del nuevo día,
sobre tu tierno corazón pondría,
dón secreto, la flor encantadora,
para que, al despertar jovial y amante,
fueras feliz desde el primer instante.

LAS CADENAS

Por querer amarlo todo,
atormentado me veo,
y aumentan á cada paso
las causas de mis tormentos.
Vinculos innumerables
ligan mi espíritu inquieto
con red invisible á todas
las cosas del Universo.

Todo me atrae y seduce
con absorbente embeleso:
la verdad por sus fulgores,
por sus sombras el misterio,
mi corazón al sol une
viva ráfaga de fuego,
y á las pálidas estrellas
hilo de luz vago y trémulo.

La cadencia me esclaviza,
si oigo armónicos acentos;
si deshojo frescas rosas,
su tacto de terciopelo.
Una sonrisa es cadena
que mis ojos tiene presos;
y de mis labios febriles,
cerrojo y candado un beso.

En estos frágiles nudos
el alma prendida tengo;
de todos los seres que amo
siempre fui cautivo y siervo;
y cuando al soplo más leve
se estremece alguno de ellos,
algo de mi propia vida
roto y desgajado siento.

LA IMAGINACIÓN

Imagino. Mis sueños me sugieren
un ángel celestial, por mí creado;
¿Quién me podrá decir en qué difieren
el sér real y el sér imaginado?

Hermosa Galatea, en mí nacida,
que en mi seno alimentas mis amores:
¿Cuál es el mundo que te dió la vida?
¿Qué sol te iluminó con sus fulgores?

Reposa en torno el sosegado ambiente,
y oigo tu dulce voz y tu suspiro.
Te beso, sin mover el labio ardiente,
y sin abrir los párpados, te miro.

¿De qué impalpable y misteriosa esencia
tomaste el sér, dentro del alma mía,
que ni tiene la frágil consistencia
de la burbuja de jabón vacía?

Pálida sombra, que huyes de mis brazos,
¿hay un deseo tan potente y vivo
que fije bien con materiales lazos
tu elemento sutil y fugitivo?

¿Que tu incierta y fantástica hermosura
de la esfera ideal descender haga,
y al sol, que en nuestros ámbitos fulgura,
más limpia resplandezca y menos vaga?

Jamás, imaginaria Galatea,
fuera del alma mía pude verte...
¡Más dichosos los locos, cuya idea
en material verdad su fe convierte!

Toman sus más quiméricos antojos
en el mundo real forma y colores.
Lo que sueña su mente ven sus ojos,
y son, más que nosotros, creadores.

AL RAYAR EL DÍA

Es el momento indeciso
en que su regreso próximo
anuncia la alegre aurora
más al alma que á los ojos,
hora en que ya no es de noche
y aún no es de día tampoco.

La tierra espera impaciente
que el sol le dé el primer ósculo,
y ante esa dicha suprema,
tiembla de miedo ó de asombro.
Los buhos y los malvados
escondiéronse medrosos;
ya los silbidos no se oyen
de los unos ni los otros;
pero tampoco se escucha
aún el matinal introito,
en el que diversas juntan
sus voces los seres todos.
Algún tempranero gallo
rompe el silencio tan sólo;
y con luz tan tenue brilla
la alborada, que es dudoso
si el cielo está azul ó blanco,
si está claro ó está lóbrego.
Aún flotan sobre el camino
girones de niebla rotos,
que huyendo van, cual ensueño
al que la luz causa estorbo.
El rocío aún no ha esparcido

las perlas de su tesoro;
pero ya cubre los prados
con un velo vaporoso.

Cual espejo de una bella
desposada, en cuyo fondo
reflejan las azucenas
su dulce albor, los arroyos
retratan del cielo, aún pálido,
el resplandor melancólico.
A una ventana, que ostenta
verdes tiestos por adorno,
asoma una muchachuela
el aún soñoliento rostro,
y á las vecinas sonríe
saludándolas. De pronto,
el ambiente sosegado
agita rápido soplo;
al estallido triunfante
del día, tiemblan de gozo
el cielo y la tierra, y cantan
todos los nidos en coro.
Y lejos, sobre las glebas
de un ligero matiz rojo,
donde las pardas alondras
alzan el vuelo gozoso,
como en soñada apoteosis,
marchan, con paso monótono,
bueyes de color de púrpura
con la cornamenta de oro.

LA CANCIÓN DEL AIRE

Al Aire, dios terrible, que encrespa la mar brava
y azota al crudo invierno,
al Aire, dios clemente, que da á la flor sus nupcias
y da su ritmo al verso,

¡salud! Él es el numen, cuya flotante túnica
anima el claro cielo;
es la deidad furtiva, que dice á los amantes:
«¡He aquí el amado vuestro!»

Él es quien, agitando los oriflamas, mueve
los entusiasmos bélicos;
quien ensortija en torno del femenil semblante
los rizados cabellos.

Por él las densas nubes refrescan en los campos
los surcos entreabiertos;
por él, allá en los bosques, el soñador aspira
los perfumados céfiros.

Del mismo modo mece la hierba en la colina
que la flota en el piélago;
es dictamo de todas las plantas; es espíritu
vital del universo.

Él va, llenando siempre los dilatados ámbitos
de su extendido imperio,
á renovar la vida de todo cuanto alienta,
hombres, brutos ó leños;

Y en el concierto mudo de las eternas fuerzas
sólo él canta risueño,
errante cual las almas, libre como las alas,
como los ojos, bello.

¡SOÑAR!

¡Soñar!.. ¡Supremo bien, pero tan breve!
 ¡Placer falaz, que la razón condena!
 ¡Burbuja de jabón vistosa y leve
 que en el labio infantil un soplo llena!

Surge al extremo de menuda paja;
 hinchase, aumenta, y se desprende y sube;
 va con el viento, y se remonta y baja:
 y es émula del ave y de la nube.

Vuela (también los sueños van volando)
 sin más fin que dejar el bajo suelo;
 la impulsa y guía el hálito más blando;
 cualquier contrariedad le para el vuelo.

Hija del aire, pero más ligera,
 halla siempre delicia soberana
 en recorrer veloz la azul esfera
 y hallar apoyo en su materia vana.

Espejo volador, todas las cosas
 pintadas mira en su cristal hermoso,
 lejanos montes y cercanas rosas,
 la tierra obscura, el cielo luminoso!

Cuando, como una espléndida envoltura,
 lo ciñe el sol con su esplendor vibrante,
 brilla irisado y vívido fulgura,
 como un enorme y diáfano diamante.

Pero tropieza, cuando flota henchido,
 con una mosca en su camino adverso,
 y estalla y cae, en lodo convertido,
 el globo en que esplendía el universo.

¡Soñar!.. ¡Supremo bien, pero tan breve!
 ¡Placer fugaz, que la razón condena!
 ¡Burbuja de jabón vistosa y leve,
 que en el labio infantil un soplo llena!

DE VIAJE

Voy á emprender largo viaje.
 Ya busqué postura cómoda
 en el vagón, y escuchando
 silbar la locomotora,
 sigo su voz estridente
 que va á perderse en las sombras.
 Pronto siento la indolencia,
 la dejadez melancólica,
 que del tren en marcha infunde
 la trepidación monótona;
 y no veo —¡tan absorto
 estoy, sin pena ni gloria!—
 que á mi lado va una joven
 con su madre, las dos solas.
 En voz baja están hablando,
 y las apagadas notas
 de su coloquio, á mí llegan,
 cual música deliciosa
 que escuchamos bajo un árbol,
 de un nido oculto en sus frondas.
 Como al tocarse los bordes
 se unen y juntan dos gotas,
 las dos, entre sí apretándose,
 un solo cuerpo ya forman.
 Ambas cabezas se buscan
 y al mismo tiempo se doblan:
 ¡cuán dulce almohada encontraron
 apoyándose una en otra!

En el brazo de mi asiento
 la niña una mano apoya,
 que refleja, como un ópalo,
 la luz indecisa y lóbrega;
 una mano de quince años,
 pequeña, larga, mórbida,
 cuyo transparente cutis
 azuladas venas bordan.
 A los descuidos del sueño
 sin recelos la abandona;
 y como tiene la gracia

una atracción misteriosa,
 á ella van involuntarios
 mis ojos y mi alma toda.
 «¡Feliz el turista, pienso,
 á quien, vigilante y pródiga,
 condujera en su camino
 esa mano tan hermosa!»
 Y al pensar así, me inundan
 el alma tristezas hondas;
 que siempre es hijo el deseo
 de un afán que nos agobia!

El tren avanza rugiendo
 y la distancia devora;
 las montañas pasan, negras
 cual mar de tremendas olas.
 ¡Fuerza del feliz encuentro!
 La esperanza menos loca,
 si un poco de azul vislumbra,
 un cielo espléndido goza.
 Duerme á mi lado una joven
 desconocida; en la sombra
 me muestra apenas su mano...
 ¡Y la visión me trastorna!
 ¡Y un sueño gozo de inmensas
 felicidades y glorias!

Tan poquísimo que de ella
 he visto, me basta y sobra
 para embellecerla en sueños
 con las perfecciones todas,
 cuantas en el mundo existen,
 cuantas nuestro anhelo forja!

Mano tan pura y confiada,
 mano tan blanca y hermosa
 ha de ser franca y segura,
 solícita y previsor.
 ¡Feliz el hombre á quien ella
 cadena de amores ponga!
 ¡Feliz... —«¡Vitry, dos minutos!»
 grita un mozo de voz ronca.